La Antropología Filosófica

Contenido

Tema 1: Una mirada filosófica a la persona humana

- La Antropología Filosófica como saber
- La Antropología Filosófica y otros saberes positivos y filosóficos
- La Antropología Filosófica en relación con la Teología

INTRODUCCIÓN

Para responder a la pregunta ¿quién es el hombre?, podríamos seguir diversos caminos, mirar desde diferentes alturas y tomar variadas perspectivas. Son muchas las ramas del saber que centran su estudio en la persona humana y su identidad en alguno de sus aspectos. Todo lo que de verdad sobre el hombre nos aportan esos saberes nos interesa, venga de donde venga, estamos abiertos a acoger y dialogar con todos esos saberes. Este diálogo lo haremos desde el privilegiado altozano de la filosofía: la antropología filosófica. Nos preguntamos por la persona 'filosóficamente', en apertura al diálogo interdisciplinar y con una perspectiva que busca tocar la raíz primera del ser del hombre con la luz de nuestra razón.

Caracterizar con rigor qué es la Antropología filosófica y cuál es su método es el objetivo de esta primera unidad didáctica que consta de un único tema.

El desarrollo exponencial de estudios que tocan algún aspecto que atañe a la persona desde todos los campos del saber durante el s. XX y lo que va de este hacen imposible en la práctica tenerlos en cuenta con toda su riqueza; habremos de conformarnos con tomar en consideración sus líneas más asentadas y comunes, sin perjuicio de que en tiempo posterior cada cuál pueda desarrollar e integrar con lecturas e investigación cuantas incorporaciones y modificaciones desee.

Por un lado, están las disciplinas más cercanas a la ciencia positiva que hacen relación directa al hombre: la paleontología, la biología, especialmente la genética y la medicina, especialmente la neurología. Su conocimiento del hombre no deja de crecer.

Por otro, incluso saberes positivos no directamente relacionados con nuestro ser, plantean interrogantes sobre el hombre. Es el caso de la física y la astronomía que iluminan el origen del cosmos y por tanto interrogan sobre el origen del hombre y nuestro puesto en él. También es el caso de las ciencias tecnológicas que irían permitiendo reparar, mejorar o modificar la naturaleza humana, hasta cierto punto, con sus avances, como p.e. implante de miembros artificiales o nanotecnología aplicada al ser humano, lo que abre candentes debates sobre quiénes somos, nuestra identidad y naturaleza, aparte de las cuestiones éticas implicadas. No menos carga de trabajo para el pensamiento plantea los avances de la informática y la robótica que nutren los debates en torno a la inteligencia artificial y su diferencia con la humana que las ha fabricado, de nuevo la cuestión de la identidad: hombre, ¿quién eres?

Además, están las ya clásicas disciplinas a caballo entre lo humanístico y lo experimental como son la psicología, la sociología, la antropología cultural y la lingüística que repercuten en –y a la vez son repercutidas por– la idea de persona que se tenga. La historia tampoco es ajena a la cuestión del hombre.

También otras ramas de la filosofía influyen y son influidas por la antropología: metafísica, fenomenología, ética, filosofía del lenguaje, del conocimiento, de la religión, estética, por citar algunas, implican a la persona y son influidas por la noción de ésta que se sostenga. ¿Cómo se relaciona la filosofía del hombre con ellas?

Si ya hay tanto saber sobre el hombre, ¿para qué necesitamos la antropología filosófica?, ¿no bastan ya todas estas serias disciplinas? Veremos que precisamente a causa de la abundancia de tantos datos parcial es acerca del hombre la reflexión filosófica sobre la persona es necesaria hoy, quizás como pocas veces en la historia. No sin verdad podemos

sugerir que muchas de las crisis actuales (familia, valores, economía, política, internacional) en el fondo so manifestación de que hace falta una idea, una aproximación, una respuesta fresca y honda a la pregunta por quiénes somos. Pretendemos una reflexión que no se convierta en una síntesis generalizadora de las demás ciencias y que filosofe críticamente sobre el núcleo esencial de la persona para poder iluminar el conjunto. Además, la antropología filosófica tiene, además de su función teorética, y precisamente por su objeto: nosotros mismos, un papel existencial y orientador al que conviene estar atentos.

Por nuestro interés en cuanto creyentes nos toca también relacionar la Antropología filosófica con la fe y la teología, especialmente con aquellas ramas del saber teológico que la tocan más de cerca: la antropología teológica, la teología moral, la escatología, la Cristología, entre tantas otras, ¿cómo se relacionan? Si Dios es el centro de la teología, a su lado aparece siempre el hombre, Dios habla al hombre, salva al hombre haciéndose hombre y muestra al hombre quien es el mismo hombre (GS 22). Eso sí nuestro método, estando abierto a la fe y en diálogo con la teología, no incluye la fe como momento de su configuración: no estamos haciendo teología, estamos haciendo filosofía, búsqueda con la inteligencia, don del Creador que tiene su propia dinámica y que se complementa y articula con la teología.

Tema
1

Una mirada filosófica a la persona humana

En este tema vamos a caracterizar la *Antropología filosófica* como riguroso saber filosófico, que profundiza con las luces naturales de la inteligencia en el misterio del hombre. No se trata de una cuestión académica, se trata de captar el enfoque de nuestra mirada hacia el hombre de modo que podamos mantener esa perspectiva en todos los temas siguientes de modo coherente y sistemático. Si no sabemos cómo miramos podemos errar y acabar haciendo otra cosa, bien sea biología, sociología, psicología o teología; que, aunque importantes, son otra cosa.

Una vez que sepamos a quién miramos y con qué luz le miramos podemos empezar a desarrollar nuestro conocimiento sobre la persona.

Miramos al hombre -a la persona, al ser humano concreto de carne y hueso- en toda su complejidad -como un todo unitario-, buscando su constitución radical y, desde ella, la comprensión de sus dimensiones y dinamismos. Lo hacemos con las fuerzas y luces de la inteligencia, sin utilizar las verdades que conocemos por fe como datos para nuestra tarea. Técnicamente diríamos que nuestra antropología es un discurso racional (*logos*) sobre el hombre (*anthropos*) que desde la descripción del cómo se nos muestra y está presente en sus actos (*fenomenología*), intenta penetrar en la persona más allá de lo puramente físico (*meta-physica*). Partiendo del fenómeno humano pretendemos realizar una *Antropología filosófica* con alcance metafísico -por eso tituló Julián Marías su tratado sobre el hombre: *Antropología metafísica*-. Siempre se estará en diálogo con el resto de saberes sobre el hombre.

Esquema

Para hacerlo procedemos dando los siguientes pasos:

I. La Antropología Filosófica como saber
   - Origen histórico de la Antropología filosófica como disciplina.
   - Tema de estudio, el peculiar objeto de la Antropología Filosófica: el hombre de carne y hueso.
   - Método: fenomenología y metafísica.

II. La Antropología Filosófica y otros saberes positivos y filosóficos

III. La Antropología Filosófica en relación con la Teología

I. La Antropología Filosófica como saber

Desde siempre, desde las muy diversas mentalidades y culturas que se han dado en la historia, el hombre se ha preguntado sobre sí mismo y el sentido de su existencia. Las diversas tradiciones míticas, religiosas y literarias son testigos de esta búsqueda del hombre por conocer su identidad, su origen y su destino. También desde su inicio la filosofía, como forma de pensamiento racional que surge en la Grecia del s. VI a. C., se pregunta por el ser humano con su propio método racional. Así se crean las primeras respuestas argumentativas, desde la experiencia humana vivida, a las preguntas esenciales: quienes somos, cuál es nuestro lugar en el cosmos, cuál nuestra posición ante lo divino, cuál es nuestro destino, cuál es nuestro camino de realización, nuestra vocación, cuál es el papel de la sociedad. Los hombres somos el ser que se hace cuestión para sí mismo, nunca veremos un perro, p. e., preguntándose sobre su identidad y naturaleza, ni un congreso de hormigas sobre el origen y destino de su especie. Sin embargo, donde hay hombres hay interrogantes sobre él, se reflexiona, por eso donde hay uso filosófico de la razón surge, con un estilo u otro, con mayor o menor explicitud, una filosofía del hombre.

Veamos ahora cómo la filosofía se especializa en su crecimiento histórico creando la disciplina de la *Antropología Filosófica*. ¿Cómo surge la antropología como rama de la filosofía?

Origen histórico de la Antropología filosófica como disciplina

La mirada del filósofo sobre el hombre a lo largo de la historia podemos agruparla en tres pasos:

1. **Tratado sobre el alma.** Inicialmente los filósofos griegos responden a la cuestión del hombre de modo ambivalente pues somos un ser que pertenece al mundo natural (cosmos) y al mundo divino (Olimpo). Miran al hombre desde su posición en la naturaleza (*fisis*) pero constatando a la vez su superioridad por la que se asemeja a lo divino, semejanza que implica la tentación del orgullo (*hybris*) de ser divinizado. El hombre está emparentado con los dioses, ha caído del cielo o está destinado a él, a la vez que es parte del cosmos. Esta es su dignidad y su miseria, entre las cuales se debate su vida y su realización.

   Sin embargo, los primeros filósofos no tienen una disciplina propia de "antropología" al estilo actual. El tratado que más reflexiones sobre la persona aglutinó recibía el nombre de *Tratado sobre el alma* (*Peri Psichés* en griego o *De anima* en latín), ya que lo específico del hombre era su alma racional a diferencia de la del resto de vivientes. El primero fue escrito por Aristóteles.

   Esta perspectiva perduró en la época de expansión del cristianismo y en la Edad Media como el lugar propio del estudio filosófico del hombre. Así S. Agustín escribe el *De inmortalitate animae* (Sobre la inmortalidad del alma) o el *De anima et eius origine* (Sobre el alma y su origen). Especial relevancia tuvieron los comentarios al *Tratado sobre el alma* de Aristóteles, como los de Averroes en el mundo musulmán y Santo Tomás de Aquino en el mundo católico.

Los pensadores cristianos antiguos y medievales piensan al hombre sobre todo en conexión con la fe y la gracia, de ahí que muchas de sus interesantes aportaciones estén en tratados estrictamente teológicos, como la noción de persona de Boecio, sustancia individual de naturaleza racional, que se encuentra dentro de un tratado teológico sobre la persona y las dos naturalezas de Cristo. La teología cristiana contribuye al desarrollo de la filosofía y, en ella, de la antropología.

Los tratados sobre el alma se prolongan en el Renacimiento y el Barroco y llegan hasta el importante escrito póstumo sobre el alma del filósofo jesuita F. Suárez, más cercano a la siguiente perspectiva más racional. El método usado habitualmente en esos tratados es el escolástico que divide los problemas en cuestiones que se resuelven paso a paso (subdivisión en artículos) escuchando la diversidad de posturas dadas hasta ese momento sobre el asunto en discusión (objeciones), para a continuación proponer una solución, desde ella se responde a las posturas divergentes, sistematizadas en el paso anterior, una a una. Siempre consideran sus pros y contras con gran apertura y realismo.

2. **Psicología racional.** El giro propiciado por Descartes hacia la subjetividad y la conciencia del hombre, un giro de carácter antropocéntrico, se refleja en el nombre que el racionalista Christian Wolff (1679-1754) asigna a la filosofía del hombre: *Psicología racional*. Usará el método demostrativo y deductivo propio de la lógica racionalista. Esta denominación tuvo tal éxito que fue adoptada incluso por los escolásticos, aunque seguían pensando con los esquemas del *De anima*. La tentación del racionalismo radica en olvidar el irrenunciable carácter personal, histórico y concreto del hombre en favor de crear una especie de hombre abstracto irreal, se produce una desencarnación de la reflexión filosófica, que se vuelve más idealista y menos real, separada del hombre de carne y hueso.

3. **Antropología Filosófica.** Esta denominación se debe al filósofo ilustrado I. Kant, quien afirma que la ciencia que se ocupa de responder a la pregunta ¿qué es el hombre? se denomina Antropología. Será el fenomenólogo M. Scheler en el s. XX quien consagre esta disciplina con el nombre de *Antropología Filosófica*, como saber autónomo del resto del filosofar, que se ocupa de la esencia y la estructura del hombre y su relación con los reinos de la naturaleza: inorgánico, vegetal y animal, tanto como en su relación con el fundamento de todas las cosas, abordando tanto el problema del cuerpo y el alma como el del conocimiento y la vida. Es central su obra "El puesto del hombre en el cosmos" (1928) y su tratado de antropología publicado póstumamente. Este cambio de denominación implicó también un cambio de método, ya no es ni escolástico ni racionalista, sino preponderantemente fenomenológico: descripción de los fenómenos estrictamente humanos como punto de partida para captar la esencia del hombre.

El nombre de Psicología quedó en adelante reservado para la psicología experimental y positiva (Freud, Wundt, Adler), tal y como se usa hoy tanto para psicólogos conductistas, humanistas, cognitivistas o psicoanalistas.

Tema de estudio, el peculiar objeto de estudio de la Antropología Filosófica: el hombre de carne y hueso

Nosotros adoptamos esta denominación de 'Antropología filosófica' con la que hoy se abarcan todos los campos que la filosofía del hombre estudió en el pasado. Con la *Antropología Filosófica* buscamos, mediante la luz de la razón, las respuestas básicas y trascendentes a las dos preguntas esenciales sobre el ser humano: La pregunta por el quién soy (la persona) y por el qué soy (la naturaleza).

Se trata de responder a ¿quién soy yo?, sin perder la irreductibilidad absoluta de cada persona en consideraciones generales y abstractas: somos un yo de carne y hueso, individual y social, con lo recibido de nuestros predecesores y con nuestra historia abierta, con todas esas circunstancias irrepetibles que contribuyen a nuestra identidad sin las cuales no nos podemos entender. Nunca la persona puede quedar absorbida en la especie, en el colectivo, en la idea general. Somos absolutos, irreducibles, cada uno de nosotros constituimos una realización irrepetible de la humanidad, un modo único y absoluto de ser hombres, creativo y novedoso que nadie puede realizar en nuestro lugar. Sin cada uno de nosotros la humanidad queda empobrecida, le falta algo único y con un valor absoluto.

Y al mismo tiempo soy semejante –en esa diferencia– al resto de los hombres, pues compartimos una misma naturaleza, tenemos un mismo qué, pertenecemos a una misma especie. Es nuestra naturaleza humana la que hace posible que seamos personas, nos hace ser de un modo determinado, con unas capacidades y posibilidades específicas, sin ella no seríamos hombres y no seríamos personas.

Con la pregunta sobre qué es el hombre abordamos la importante cuestión de la naturaleza universal del hombre. Y articulando nuestra naturaleza común con el hecho de que somos iguales en cuanto que todos y cada uno somos absolutos irrepetibles surge la fundamentación de mismos derechos y deberes fundamentales en la común dignidad personal. Esta cuestión está muy lejos de considerarse cerrada e indiscutible, siempre exige su defensa y su fundamentación constante, en diálogo con las diferentes tendencias de pensamiento y las diferentes culturas. Un motivo más para entrar con ganas en el estudio de la *Antropología Filosófica.*

Mantener lo propio de cada uno en articulación con lo común de la naturaleza no será tarea fácil, pero lo lograremos: no disolver al individuo en lo común y no subrayar lo individual de modo que no quede nada en común que nos una. Tras estudiar el qué y el quién somos, naturaleza y persona en el tema 1 - UD2, estudiaremos las operaciones del hombre, el dinamismo de la persona –sus facultades para actuar–, para en la Unidad Didáctica 2 abordar el carácter biográfico de la persona en clave filosófica y concluir con la reflexión sobre su trascendencia –la cuestión del hombre ante la muerte y Dios–, que haremos en la última Unidad Didáctica.

Como el tema y objeto del estudio de la antropología es el hombre de carne y hueso, pues no hay otro, nos encontramos con la ventaja de que todo lo que vamos a trabajar en esta materia podemos ponerlo a prueba, podemos experimentar su verdad en nosotros mismos, además no hay otra forma de acceso que esta, por ejemplo hablar sobre la reflexión y la intimidad es algo que sólo es posible desde el

mirar nuestra propia experiencia, pues solo desde ahí podemos captarla, no capto al otro en su intimidad salvo porque tengo experiencia de la mía. Por eso la *Antropología Filosófica* conecta fácilmente con la existencia personal del estudioso pues suscita cuestiones que tocan muy de cerca sus intereses y vivencias y llega a ser apasionante. Sin embargo, el estudioso debe estar prevenido para no dejarse llevar por una falta de objetividad, existe el riesgo de convertir su subjetividad –lo que le parece sentir o lo que vive en ese momento– en verdad universal y perenne. Que el sujeto que estudia y el objeto estudiado de la *Antropología Filosófica* sean el mismo exige cuidar especialmente la prudencia del científico que no quiere perder el rigor a causa de la pasión o falta de toma de distancia.

Esta es la bonita paradoja de la *Antropología Filosófica*: estudiar al hombre con la luz de la razón es en cierto sentido conocerse a sí mismo, no estudiar una humanidad genérica que no existe, a la vez que en este estudio se descubren principios y verdades con validez universal. Si no fuese así estaríamos abocados al relativismo, a la renuncia al mutuo reconocimiento en nuestra condición de personas, a tener que estar discutiendo y decidiendo en cada instante qué es lo que somos, impidiendo el desarrollo de muchas de nuestras posibilidades.

Como esta es la peculiaridad de nuestro objeto de investigación, nos viene exigido conjugar dos vías de aproximación, propias de la filosofía, para estudiar al hombre con acierto. Se trata de elegir el método apropiado para responder a los interrogantes esenciales sobre la persona humana: una visión que considere la singularidad y, fiel a ella, llegue a la raíz hasta dar cuenta de la comunión entre las personas humanas. Esta visión se logra mediante una aproximación a la vez fenomenológica y de hondura metafísica. Veamos qué quiere decir esto.

Método: fenomenología y metafísica

El método[1] que seguiremos en esta antropología filosófica pretende aunar la descripción de la experiencia con la profundización en los porqués radicales. Esto se consigue mediante la argumentación racional a partir de la descripción del fenómeno humano, una argumentación que se pregunta por los porqués primeros, y no se queda en los cómo intermedios de otras ciencias. Técnicamente estas dos metodologías con sus perspectivas se denominan respectivamente: fenomenológica (descripción) y metafísica (inmersión abstractiva en la esencia hasta el primer porqué).

Momento descriptivo y fenomenológico

En primer lugar, estaremos atentos a los datos de experiencia, a los fenómenos. Fenómeno quiere decir lo que se nos muestra, como en el lenguaje común cuando hablamos de fenómenos atmosféricos o de fenómenos inexplicables, es algo que se ha manifestado y pide su ahondamiento, remite a su interior, a lo todavía por manifestar, como la punta del iceberg es el fenómeno que hace pensar y nos remite a toda esa masa de hielo oculta bajo el agua que no se ve.

1. Etimológicamente método viene del griego *met-odos*: camino (*odos*) que lleva más allá, hacia (*meta*).

Para conocer al hombre contamos con dos tipos de fenómenos complementarios que proceden de:

a. La experiencia personal de nuestra vida, p.e. una decisión, un sentimiento, un pensamiento, una caricia, etc. que podemos describir con rigor para luego profundizar desde ahí.

b. Las aportaciones de otros saberes como la biología, la historia, la física, la psicología, etc. Estas aportaciones han de ser tomadas en cuenta en la medida en que esas ciencias las han adquirido de manera definitiva -no cuando están aún en fase de provisionalidad grande- con objetividad y filtradas de ideologías. De este modo la biología nos puede mostrar fenómenos, nos da datos, sobre el hombre que resultan relevantes para ser críticamente pensados con el uso filosófico de la inteligencia, un ejemplo: la neurología conoce "el tiempo de Libet" o tiempo infinitesimal, habitualmente imperceptible, que transcurre entre la percepción sensible mediante los sentidos-neuronas-cerebro y la conciencia de esa percepción. *La Antropología Filosófica*, lo escucha y no lo toma biológicamente, sino como un hecho o fenómeno sobre el que pensar filosóficamente, pues plantea la distinción entre la actividad del cerebro y sus neuronas frente al fenómeno de la consciencia, nos sitúa en la apasionante discusión de la distinción y relación entre mente y cerebro. Se describe el dato para reflexionar y argumentar desde ahí. Entre la biología y la *Antropología Filosófica* se trata de reflexiones formalmente distintas.

Además, la *Antropología Filosófica* no se sustenta sobre las ciencias positivas, sino que las escucha y dialoga con ellas desde su propia identidad plenamente filosófica. La ciencia positiva ayuda, pero no juzga ni determina, es más las mismas nociones básicas de las ciencias positivas proceden de la filosofía (materia, hombre, fuerza, causa, etc. son nociones que usan las ciencias pero que no se las dan ellas a sí mismas, son meta-científicas, se las da la filosofía). Lo contrario implicaría ahogar el pensamiento filosófico y caer en el cientificismo: la ciencia experimental o positiva como único modelo de saber válido.

Esta perspectiva fenomenológica la entendemos en sentido amplio, no se trata de la propia de la corriente filosófica conocida como fenomenología -fundada por Ed. Husserl y que agrupa muy diversas posturas en su seno- que ha elaborado un método fenomenológico propio y muy técnico que aquí no vamos a seguir. Entendemos 'fenomenológico' en su uso más cercano a una descripción seria de lo dado en experiencia. El fenómeno (lo que aparece) una vez mostrado que es irreductible a otros seres, apunta hacia una raíz interior que hay que dejar que se desvele (noúmeno desconocido): fenomenizar lo todavía nouménico: la esencia del hombre. Para luego realizar la reflexión metafísica sobre esa esencia.

Momento metafísico de la persona: del fenómeno al ser

Partir de los fenómenos en que se manifiesta la persona implica siempre una elección, la elección del fenómeno humano concreto. Podríamos construir la *Antropología Filosófica* desde cualquier fenómeno propiamente humano como son,

por citar algunos, el deseo, nuestro modo de conocer, la libertad, nuestra peculiar carnalidad o biología, el amor interpersonal, nuestro ser moral, etc.



Elegir el punto de partida es interesante y colorea, matiza o subraya lo que la *Antropología Filosófica* irá descubriendo, saldrá una antropología con un tono más intelectual, más interpersonal, más corpórea, más social, etc. Pero más interesante aún es que si elegimos un fenómeno realmente humano y lo describimos bien en su idiosincrasia para remontarnos hacia su centro mediante la reflexión metafísica, desde ese fenómeno se nos irán abriendo todas las demás dimensiones de la persona y desde él nos podremos remontar a los principios primeros que dan cuenta de quienes somos. Por ejemplo, si elijo partir del conocimiento descubriré que en él se aúnan sensibilidad e inteligencia, que piden unos principios material y espiritual indisolublemente unidos, etc... y me podría remontar hasta el origen divino del hombre en cuanto ser espiritual por intelectivo y también descubriría cómo lo espiritual se da intrínsecamente en lo material. Pero curiosamente también ocurre algo parecido si elijo partir del estudio de mi biología, donde descubro que no soy como los animales, que mi carne está abierta en el deseo más allá de las tendencias instintivas a la libertad y amor, que esto requiere un ser espiritual que viene descubierto en esa biología y sin salirse de ella, pues incluso biológicamente yo resulto inviable como viviente sin esa espiritualidad.

Como se ve, desde diferentes ángulos podemos describir y penetrar en la persona humana y coincidir complementariamente. Esto ocurre porque las personas no somos estructuras físicas, genéticas o lingüísticas y culturales sin más, como un mecano infantil que se monta y desmonta, sino que somos seres de una gran unidad y una gran riqueza de dimensiones en esa unidad gracias al ser y la esencia de la persona. Por eso la raíz del ser, la unidad radical es captada si se penetra con rigor desde cualquiera de las dimensiones más exteriores en que esta se manifiesta. La persona se hace presente toda en ella en sus dimensiones y acciones. Podemos elegir cualquier fenómeno humano como estricto punto de partida, pues como el método ahonda desde lo fenomenológico hasta la ultimidad metafísica, cualquiera de ellos serviría mientras se mantenga esta direccionalidad hacia el centro. Así se descubre el carácter radial y conectivo que la unidad articula entre todas las dimensiones. Se podría tener preferencia por cualquiera mientras no se margine ninguna.

Alcanzar el momento metafísico permite el estudio de la naturaleza humana y del quién que somos, la persona. La *Antropología Filosófica* busca la esencia y el ser, el qué y el quién, desde el cómo se manifiestan. No renuncia a preguntarse hasta el

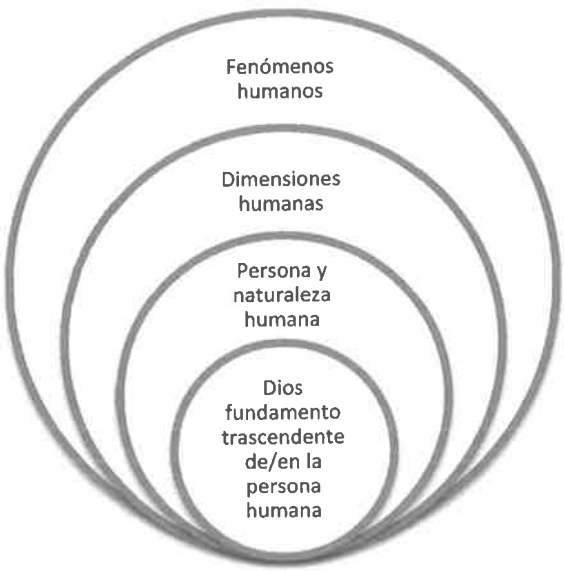
fondo, confía en la capacidad racional de su inteligencia para penetrar en la realidad, también en la humana. De este modo:



- La *Antropología Filosófica* supera el prejuicio del empirismo (Hume): quedarse en la experiencia del fenómeno porque es impenetrable en su raíz, lo que implica decir no a la metafísica dejando sin resolver por no ser cognoscibles la cuestión del alma y de Dios.

- También la *Antropología Filosófica* escapa al prejuicio de los materialismos (marxista, estructuralista, psicologista, neurocientificista, etc.): quedarse en una composición de estructuras como el último fundamento, sin centro esencial y ontológico. El hombre sería una construcción que se puede montar y desmontar, no habría sujeto último, dimensión fundamental, sustancia, raíz, núcleo metafísico. En el fondo, aunque en apariencia parezca que no es así, la persona queda incomprendida. Lo más personal del hombre desaparece por reducción a lo periférico y material. Una vez negado no habría porqué explicarlo. Por ejemplo, si desde el materialismo reduzco el amor al fenómeno hormonal y neuronal que acompaña el enamoramiento, ya no hay nada que decir sobre el amor como actividad libre de donación total en lo corporal y espiritual. Lo he negado, pero eso no significa que el amor siga ahí pidiendo explicación.

Hacer Antropología Filosófica implica abrir el camino hacia la esencia del hombre, asumiendo la verdad de la reflexión clásica con su hondura metafísica tanto como las aportaciones modernas y contemporáneas, especialmente de los personalismos y la fenomenología. Esto implica pensar en forma de cruz: traer ante el conocimiento los datos horizontales, las estructuras, etc., y en ellas apuntalar la línea vertical que conduce a la esencia, al ser de la persona y a su origen: Dios.



La cumbre del momento metafísico del método de la Antropología Filosófica es el ***momento teologal***, la persona descubre que su ser y su dignidad absoluta son recibidas, son

un don que remite al dador del don. Desde el fenómeno humano observable, a través de la reflexión metafísica hasta abrirse a la raíz teologal: el hombre y Dios, este es el camino, el método filosófico elegido. El Dios que se redescubre desde aquí es un Dios presente fundando y promoviendo, en cada acción concreta del hombre, su realización. Se trata de un Dios que acompaña a la persona en su biografía y que desempeña también un papel iluminador clave en la dimensión ética en el fenómeno de la conciencia moral.

II. La Antropología Filosófica y otros saberes positivos y filosóficos

Ya sabemos en qué consiste la *Antropología Filosófica;* profundicemos ahora en cómo afecta su verdad al resto de saberes, no hay una Antropología Filosófica neutra. Del mismo modo que otros saberes condicionan y posibilitan el desarrollo de la antropología, ya vimos páginas atrás el sentido en que la *Antropología Filosófica* toma los datos de las ciencias positivas, también la *Antropología Filosófica* influye en el conjunto de los saberes. Además, el cómo pensamos al hombre y nos comprendemos a nosotros mismos afecta a la vida personal y social en su configuración-realización.

El alto grado de especialización actual de las diferentes ciencias, además de la necesaria autonomía metodológica que cada una requiere, también ha provocado una fragmentación del saber. Cada vez somos más conscientes de la necesidad de interdisciplinariedad para abordar con éxito los problemas. Esto requiere también descubrir el orden jerárquico entre los saberes. Una de los desafíos de la universidad contemporánea consiste en recuperar el papel que la filosofía con sus ramas ha desempeñado en la historia para articular, enriquecer y sacar las últimas implicaciones del resto de saberes. La filosofía no es solo una generalización o visión de conjunto sobre los problemas. Es mucho más. La filosofía, si se la permite, aporta los enfoques, sitúa a cada saber en el lugar y bajo la óptica adecuada, para que colabore armónicamente y es capaz de relacionarlos entre sí para desde ahí dar los pasos hacia una hondura mayor.

Lo mismo ocurre con la *Antropología Filosófica.* Es el saber unitario y radical sobre el hombre capaz de armonizar, hacer colaborar y desde ahí radicalizar la investigación de todos los saberes sobre el hombre. De modo análogo a la tarea que desempeña el internista en un hospital, que teniendo en cuenta los datos del resto de especialistas (neurólogos, neumólogos, urólogos, radiólogos, etc.) desde la visión total profundiza en el diagnóstico y tratamiento adecuado, el filósofo que se dedica a la antropología tiene en cuenta las aportaciones de cada saber. Pero hay una diferencia esencial con el ejemplo médico: el filósofo del hombre da un salto de nivel que el médico internista no. Éste está con sus colegas de igual a igual e impide que una especialidad se convierta en la que dicte sobre todas las demás, pero su enfoque es puramente médico. En *Antropología Filosófica* el filósofo está en un nivel de saber distinto, tan racional como los otros, pero más elevado por su búsqueda metafísica, por su nivel de radicalidad primero.